

empleados de la empresa eran bien precisas por lo que nos separamos en el cruce de las rutas 9 y 60. De allí con Luis Carlos nos dirigimos a Minas a retomar nuestras actividades habituales.

Días después recibí el llamado de la funeraria de Maldonado anunciando que las acciones indicadas en la voluntad de mi cliente se habían cumplido, por lo que me puse en campaña para liquidar las cuentas y cumplir con la segunda parte del encargo. Pasé por Maldonado a verificar lo actuado por la empresa, pagar los gastos, realizar otra diligencia menor y de allí nuevamente a la carretera con destino a Solís de Mataojo. Don Ahmed había efectuado una clara descripción de lo que iba a encontrar en el pueblo, pero no hacía falta. En una esquina el almacén de ramos generales pintado de amarillo y verde con el cartel de “El Progreso” era otro jalón en el camino de la vida de Don Ahmed. Allí, sin noticias de su muerte, se encontraba al frente Doña Luisa, esposa de Don Ahmed y madre de dos robustos niños Samuel y Francisco a los que conocí en la tarde cuando volvieron de la escuela. Doña Luisa se enteró por mí del fallecimiento de Don Ahmed durante el viaje de negocios que había emprendido buscando los proveedores y clientes que lo alejaban de Solís de Mataojo cada cuatro meses. En los mismos no se comunicaban salvo por esporádicos telegramas que anunciaban algún envío o alguna cuenta a cobrar para que quedara registrada. Las ausencias eran también por cuatro meses, por lo que la recién enterada viuda no esperaba reencontrarse con su marido físicamente hasta dentro de cuarenta días. Que el que suscribe apareciera en su comercio en lugar de tener que ser llamado al ocurrir el fallecimiento del esposo según las instrucciones que le dejara escritas en el cuaderno de caja y repetidas más de una vez, fue para la viuda un imprevisto. La desgraciada circunstancia que fuera el mensajero que le llevara la noticia de su muerte